En una de las aletas de la nariz

Mirándola de reojo

Chuchi la de Ampuero lo vino contando a la caída de una tarde, que a mediodía, que la había visto cruzando la plazuela bajo la solanera, de largo, sin mirarlos a ninguno que con los ojos como platos siempre tan corta y aquellos muslos que, se veía de venir, un día antes o después tenía que terminar pasando algo. Y que si no al tiempo…

– Al tiempo todo pasa, Chuchi — le contestó tan sensata la Espinosa, que le dijo a la nueva acércate y que
doblase el codo, luego musitó como tres dedos, casi cuatro
—, y además y a fin de cuentas y que Dios me perdone mejor
cualquiera de ellos…

– En eso estamos todos, pero como es tan caprichosa que no sé yo y, Carlitos — Chuchi, que le tira más el nido de abeja y hace primores —, que está muy hermoso, sí, tan grandón y con esos colores que da gusto verlo, pero…

– ¡Dios no lo quiera!

Y, por cambiar de tema, que si iba de vacío.